

Atravesemos este sitio, semejante á muchos otros patios interiores de los antiguos barrios, especie de encajonamiento oscuro y triste adonde dan las ventanas y buhardas de todos los lados, y llegaremos á un pequeño edificio compuesto sólo de planta baja, donde están las camas. Es el dormitorio, donde se da albergue á las miserables, á las piosas, dicho sea con perdón. Si volvemos ahora atrás encontraremos por todas partes las salas que se encuentran en las casas demasiado antiguas, bastante deterioradas, pero todo en el mejor orden y el mayor aseo. En todos los pisos hay grandes piezas destinadas á dormitorios. Las camas, todas de hierro, con *sommiers* ó colchones metálicos, se extienden en ordenadas hileras á lo largo de las paredes, cada una con su rótulo sobrepuesto, en que constan los nombres de las caritativas personas que las han fundado, y en medio de las salas hay también hileras de camas más pequeñas y cunas, porque el asilo se abre especialmente á las madres, teniendo así los niños sus camitas al lado de ellas.

Por estrecha que aparezca la fachada, la casa de la calle de *Saint Jacques* puede ofrecer todas las noches hasta un centenar de camas á las mujeres y niños que andan errantes por las calles. Está dirigida por un antiguo militar, M. Horny, ayudado en su piadosa tarea por su esposa y su hija. Todas las noches, de seis á ocho reglamentariamente, pero hasta las nueve y aun hasta las diez, en realidad, permanece al postigo del corredor el bueno de M. Horny, esperando á las desgraciadas que acuden á pasar la noche en el asilo. Si exhiben algunos documentos, como fe de bautismo, certificado de la alcaldía ó de la parroquia, son admitidas por tres noches; si no presentan ningún papel, sólo se les recibe por una noche.

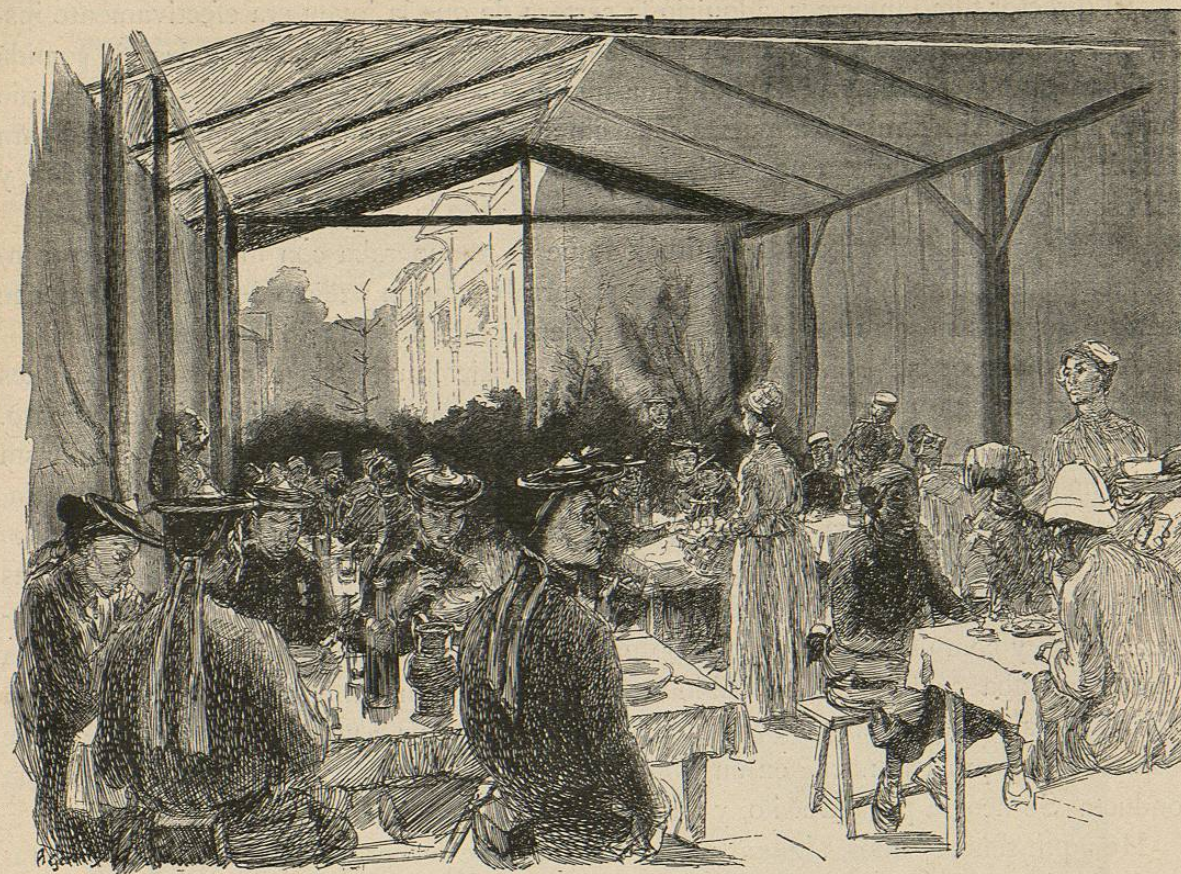
Se le da á cada una un número correspondiente á una cama, se inscribe su nombre en un registro, y con esto entran en la sala abierta enfrente del postigo, que se comunica con la cocina por otro postigo cerrado de cristales.

A eso de las ocho y media, hora en que la puerta del asilo está reglamentariamente cerrada, cuando todas las asiladas están reunidas, viene Mlle. Horny á leerles el reglamento, al cual añade algunos consejos de moral y algunas palabras de esperanza. Un gran silencio, un silencio, que es lo más triste y penetrante del mundo, reina en este momento entre todas aquellas desgraciadas, quebrantadas y hambrientas casi todas y libres de la intemperie y del abandono de la calle por una noche.

Apiñadas en los bancos ó de pie á lo largo de las paredes, pálidas, flacas ó entumecidas, con los ojos dilatados por la angustia, unas solas, otras con niños en brazos ó al pecho, escuchan la lectura con estupor. Sólo de vez en cuando se oye el grito de un niño, la tos de una vieja acatarrada ó el ruido de una boquita de ángel que parece besar y es que chupa en vano el pezón de un pecho ya agotado.

Finalmente, una vez terminada la lectura del reglamento y hechas las recomendaciones morales, se levanta Mlle. Horny. Debe de haber entre las asiladas muchas clientes ó parroquianas, digámoslo así, porque cuando se levanta la interesante joven, muchas voces le contestan como automáticamente y con el tono de salmodia familiar con que se contesta á una oración rutinaria. Después acuden todas al postigo de la cocina; el postigo se abre, se da á cada una su ración de sopa, sobre la cual se precipitan algunas, como se precipitarían sobre su presa fieras hambrientas, y suben luego á los dormitorios. ¡Pobres mujeres! A lo menos, podrán reposar en una buena cama y pasar siquiera una noche buena.

El asilo de la *Sociedad Filantrópica* se abre así en todo tiempo á las mujeres y á los niños sin hogar. En ciertas épocas del año la concurrencia es menor que en otras: en los meses de junio, julio y agosto. En efecto, las noches son entonces suaves, y el mejor



La comida de los soldados coloniales

asilo en esta estación es el cielo abierto. Luego también, hay necesidad de manos para coger la fresa y las legumbres, y muchos cultivadores se dirigen á la Sociedad en demanda de este servicio, y la Sociedad acomoda en los campos gran número de mujeres que llaman á su puerta.

Pero el invierno vuelve demasiado pronto con todos sus rigores, las hojas se caen, los campos quedan desiertos, los caminos se llenan de vagabundos que vuelven á las ciudades, faltan camas en todos los refugios y quedan entonces en la calle de *Saint-Jacques* innumerables mujeres y niños que no han encontrado sitio en la casa demasiado pequeña del asilo.

¡Cuántas miserias se acumulan entonces bajo la lluvia y la nieve, junto á las paredes ó en el corredor de la vieja casa! Pero éstas no son más que las miserias previstas, clasificadas... Hay otras excepcionales, ante las cuales el reglamento del asilo, por rígido que sea, debe plegarse á privilegios, y pues citamos aquí ejemplos de miserias, es menester darlos de aquellos.

Una joven, bien vestida, se presentó un día al director del asilo y le pidió autorización para dormir en él, no ya tres noches, á pesar del reglamento, que pone esta limitación, sino todas las noches indefinidamente hasta una época indeterminada.

— Caballero, le dijo medrosica, avergonzada y llorosa, soy institutriz, con diplomas que pueden comprobarlo; pero, á pesar de ello, no tengo más que veinticinco francos mensuales, sin comida ni aposento. Es preciso que coma y que vista con cierta decencia. Pero entonces ¿dónde he de dormir, si no tenéis la bondad de admitirme de noche en vuestro asilo?

El director tomó informes, adquirió la certeza de que la joven era efectivamente institutriz, que no tenía más emolumentos que los veinticinco francos mensuales, sin comida ni alojamiento y que á pesar de esto tenía que vestir con cierta decencia por su propio cargo. En su virtud le abrió la puerta del asilo autorizándola de muy buena voluntad para dormir en él todo el tiempo necesario hasta que encontrara acomodo menos miserable, y por espacio de tres meses estuvo durmiendo en el asilo la honesta é interesante joven.

Salía por la mañana, iba á la institución que la remuneraba con los veinticinco francos mensuales, cumplía con su obligación, almorzaba con un pedazo de pan y á la noche volvía á devorar su ración de sopa y á dormir en la sala del refugio.

Al cabo de dos meses hubo de encontrar una posición un poco más desahogada, pues le daban ya treinta y cinco francos mensuales; pero siempre sin comida ni alojamiento. Aceptó con mil amores la nueva posición, pero todavía tuvo que dormir en el asilo: hasta que al fin le ofrecieron cincuenta francos mensuales con casa y mesa. Era ya una opulencia, pues era lo que se da á una criada de rumbo, y con esto pudo ya dejar de asistir al asilo.

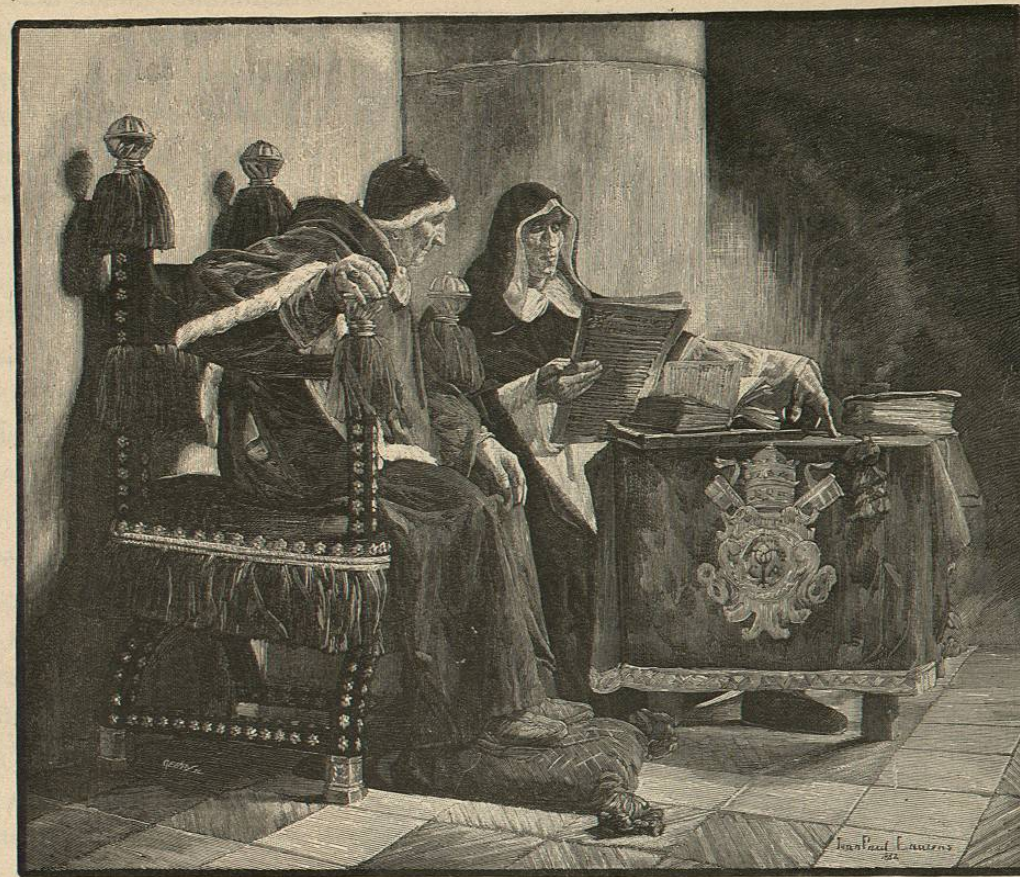
Y no es sólo la indigencia lo que impele á llamar á la puerta de este asilo. Entre las refugiadas que entraron una noche, había una que no parecía ser como las otras: no parecía pobre, y como se le hiciera esta observación, declaró entonces que su marido bebía y que le pegaba cuando estaba bebido, teniendo que huir del domicilio conyugal para evitar los malos tratamientos. Pero ¿adónde ir? No conocía á nadie en aptitud de darle hospitalidad, y pasar la noche en una fonda hubiera podido hacerla sospechosa de indigna conducta. Se acogía pues al asilo, y allí iba su marido á reclamarla el día siguiente.

He aquí, señores míos, algunas de las miserias que recuerda el pabellón de madera, donde desde por la mañana hasta la noche se venden raciones de pan y de carne á dos sueldos; he aquí también la obra de caridad que recuerda. No lo olvidéis. Y sabed también que por cada cama que el asilo de la Sociedad da á una madre sin albergue, hay diez madres que se presentan en el mismo desamparo y no encuentran esa cama donde puedan reposar sus quebrantados huesos: son nueve madres las que han de quedar en la calle; y lo que es más doloroso, por cada pequeñuelo que encuentra cuna, quedan nueve en el helado seno de sus madres, si la tienen. Porque hay en París muchos refugios municipales y muy vastos para los hombres, pero no hay más que un asilo privado, y muy estrecho, para las mujeres y los niños. Parece ser que la política se ha introducido aquí como en lo demás y que el Consejo municipal no ha pensado más que en crear refugios de electores.

Sí, los hombres tienen sus refugios, pero las mujeres y los niños quedan sin abrigo. Enviad pues los ricos, para quienes nada son dos mil francos, enviad ese puñado de dinero á la *Sociedad Filantrópica* para la fundación de una cama. Dos mil francos es todo lo que cuesta establecer una vez por todas y para siempre el puesto de una desgraciada en el dormitorio del asilo. Dad esos dos mil francos y tendrá todas las noches, durante toda vuestra vida y aun después de vuestra muerte, asilo y amparo una pobre madre ó una pobre joven, que sin vuestro auxilio podría caer de frío, de hambre, de fatiga, de desesperación en medio de la calle ó en el abismo del suicidio.

Hay sábanas en el almacén del asilo, pero se necesitan muchas más, que no están llenos los armarios. Y el invierno vendrá este año como todos los demás y se necesitarán también mantas. No lo dejéis venir sin recordar cuán frío es el invierno para los pobres; pensad en el abrigo que falta á tantas madres infelices y á tantos infelices pequeñuelos.

MAURICIO TALMEYR



J. P. LAURENS. El Papa y el Inquisidor

EXPOSICIÓN CENTENARIA DEL ARTE FRANCÉS

IV

He hecho alusión á nuestros paisajistas: aquí es donde viene bien, á mi sentir, hacerles justicia, pues han contribuido en gran manera á la definitiva emancipación de la escuela, y vamos á reconocer precisamente en Eduardo Manet el resultado de sus largos esfuerzos. Desde fines del siglo XVIII, hay en algunos de ellos un principio de rebelión contra el paisaje convencional. Observo con gusto en el Campo de Marte dos paisajes de Lázaro Bruandet y otros dos de Jorge Michel, llamado Michel de Montmartre, en los cuales se marca una impresión de naturaleza á lo Ruysdael. En el *Gouter des Moissonneurs*, de Luis de Marne, hay con toda evidencia un sentimiento de la vida exterior; pero en la *Vista de Meudon*, de Luis Gabriel Moreau, hay más todavía; hay un exquisito sentimiento del aire lejano, de la transparencia atmosférica. Huberto Robert y Granet, medio paisajistas, medio pintores de interior, se preocuparon también del ambiente luminoso. Estas investigaciones se condensan, en fin, en Corot, pero ¡con qué serenidad!

Nadie está representado en la exposición del arte del siglo tan magníficamente. Cuarenta y cinco lienzos, ocho dibujos y algunos grabados al agua fuerte están allí para su mayor gloria. Al lado de sus encantadores paisajes, muchos de sus pequeños cuadros de figuras nos admiran verdaderamente. Saludamos con razón en él al más original é inge-